



LA CONFERENCIA MUNDIAL DE LA GENTE

ESTAMOS en el Año Mundial de la Población, y se ha celebrado la Conferencia Mundial de la Población, que llamaremos de la Gente para no repetirnos. En la Conferencia de la Gente se ha estudiado el tema de si sobra o no sobra gente, y los países ricos han dicho que lo que tienen que hacer los pobres es recrearse y reproducirse menos, y los países pobres han dicho que lo que tienen que hacer los ricos es soltar la mosca, repartir la riqueza y enviar cocacola a los niños y los centenarios de la India, que sepan lo que es eso de la chispa de la vida.

No entramos ni salimos en la cosa, que esta es una revista de diversión honesta y sano esparcimiento, recreo de las familias y alegría del hogar paleocristiano, pero sí que nos ha llamado la atención la astucia de los comentaristas nacionales, que siempre han dicho que la propie-

dad es sagrada y lo han demostrado con el ejemplo, mientras que ahora, ante la amenaza ateo-malthusiana del control de la natalidad, se ponen una peluca demagógica de su abuelo el rojo y dicen que eso, eso, que lo que tienen que hacer los ricos es acceder a una más justa redistribución de la riqueza, y que con las cosas de la «uremia no se juega, y que los niños los trae la cigüeña de París o quizá de Lourdes.

Bien, nada de control de la natalidad. Natalidad descontrolada, que es lo que ha funcionado siempre en España y así estamos de gente, que no hay más que ver los bares de Tetúan de las Victorias. Tanta gente, en el país, es una bendición del cielo, un liberalismo de alcoba, una mano de obra barata, un personal temporero en Francia, «Españolas en París», Laurita Valenzuela, Máximo Valverde y la tira. Pero para defender la libertad de braguetazo (lo pongo porque lo pone la Academia) y las aperturas en el Metro, queridos comentaristas, no hacía falta atentar contra otro principio sacrosanto de nuestra sociedad, que es el de la propiedad privada. Tan caros nos son a los españoles los derechos del albañil —derecho a hacerle hijos a la parienta— como los derechos del señorito, que son casi todos. Así que andarse con tiento.

MARCEL

